

de la Academia, y á conducir mi equipaje al vapor, á fin de estar expedito mañana para pasar á bordo y no tener agitaciones y molestias á última hora.

Disfruta de buena salud, y manda á tu amigo.

Alta mar, Julio 8 de 1880.

MARIA APRECIABLE:

Héteme ya en viaje nuevamente, á bordo del vapor "Colorado," que hace la travesía hasta Nueva York.

Desatracoé ese de Rio Janeiro el martes 6, á las diez y cuarto de la mañana, despidiéndome de la simpática ciudad, sobre cubierta, desde donde veía por última vez sus numerosos y hermosos edificios, su risueña bahía y poco después llegaba al frente del elevado Pan de Azúcar para salir por la vigésima segunda vez á surcar las olas del mar.

Muchos recuerdos llevaba de la encantada ciudad por lo mucho que habia gozado en ella y los excelentes amigos que habia dejado; por consiguiente, lanzaba de vez en cuando algunos suspiros que salian de lo mas profundo del alma y deseaba que mi residencia hubiese sido mas larga, aunque no hubiera sido posible, á causa de que habria sido indispensable perder otro mes, porque solamente hay una sola línea de vapores que hacen su carrera mensual para el Norte y, además, á mí me importaba llegar ya al término de mi viaje, y no distraerme demasiado tiempo en las poblaciones del tránsito.

Cuatro dias ántes sufrí la pena de ver partir á mi querido amigo el doctor Edward de Foster, que marchó á Francia para reunirse con su anciano padre, pues venia aquel desde la República Argentina con ese solo objeto; experimentaba igualmente la de dejar á mi compañero Zeferino Costa y demás amigos, juntamente con las delicias de la ciudad; pero, en fin, era necesario,

porque si en cada país, en cada una de las poblaciones que iba dejando en mi viaje, hubiera sido sensible á los sentimientos que experimentara de apego y deseos de fijar mi residencia por los encantos de la amistad y lo bien hallado que me encontraba, de seguro no habria dado un paso mas de la primera ciudad que toqué; pero, ¿qué digo? no me habria movido de mi país, no habria salido de alguna de tantas de sus poblaciones en las que fuí objeto de la distincion y bondad de sus moradores.

Si hubiera dado oído á aquellos sentimientos, repito, no habria viajado, no hubiera visto un poco el mundo, que juzgo indispensable para la adquisicion de algunos conocimientos y perfeccionamiento moral del hombre.

Por esto, pues, haciéndome un esfuerzo y ahogando mis emociones, traté de poner en planta el arreglo de mi equipaje y salí á tomar mi boleto de pasaje con anticipacion.

El dia 5, á las nueve de la mañana, víspera de mi salida adelanté la opera-

cion de llevar á bordo mi carga, que constaba de doce bultos, tomando un carro para conducirlo al muelle; de ahí, una lancha para ir al vapor, que estaba como á tres millas del puerto.

Al llegar á bordo, subí á cubierta, en la que se paseaba un guarda que se me presentó, pidiéndome el pase de mi equipaje, porque sin este requisito no podía pasar al buque.

Figúrate, María, ¿cómo me quedaria con tal exigencia, cuando no me habia prevenido con semejante documento?

Yo le manifesté al guarda, que en ninguno de tantos países como habia visto en mis viajes, habia sido necesario el tal pase para los equipajes. El me contestó: "que en Rio Janeiro se usaba esa formalidad y que sin ella nada podia salir fuera de la ciudad."

En esta emergencia, y persuadido de que una vez que era de reglamento la susodicha fórmula, necesario era salir á tierra para procurármela, rogué al guarda me permitiese dejar á bordo la carga, dándole mi palabra de honor de

volver al otro dia, supuesto que debia embarcarme con el documento.

Seguramente el guarda era un buen hombre y no terco, porque á ser así, me habria obligado á volverme con mis bultos á tierra, conducirlos de nuevo al hotel y llevarlos en la tarde ó á otro dia por segunda vez al vapor, aumentándome las molestias y los gastos de carro, cargadores y barca.

Figúrate, amiga mia, por un momento, el inmenso trastorno que habria sufrido, si no hubiera llevado el equipaje la víspera, sino hasta la hora de embarcarme, y que esto hubiera sido momentos ántes de partir el vapor, como se verifica con frecuencia y es de costumbre; habria perdido mi pasaje, habria tenido que esperar un mes al otro vapor, comprando un nuevo boleto de pasaje, y sobre todo, este trastorno me habria causado una rabia y desesperacion incalculables.

Haber regresado á tierra con el equipaje á la hora de embarcarme habria sido imposible, porque no habia ya tiem-

po, pues era necesario ir á la Aduana, solicitar el pase en tal ó cual de los infinitos departamentos ú oficinas que hay allí y que yo no conocia: para esta diligencia era indispensable entrar á la ciudad y buscar á la persona á quien fuí recomendado para que ella me proporcionara el pase, porque yo no podia obtenerlo por ignorar el idioma, y mientras, ¡adios, vapor!

Pues bien, despues de separarme del guarda, dejando la carga en su poder, volví al puerto y busqué inmediatamente á mi recomendado, que no llegó á su escritorio sino hasta las doce del dia: le conté lo sucedido y entónces me hizo acompañar de un dependiente y fuimos á la *Alfandega* á sacar el pase.

Llegados allí, lo pidió en una mesa; fuimos en seguida á otra, para estampar un sello; luego nos dirigimos á otro departamento en el que habia un mundo de gente, y allí buscó á otro empleado para que pusiera una firma y, despues de otras mas diligencia que practicó para legalizar el tal pase, salimos

de allí. ¡Gracioso hubiera sido desempeñar este complicado negocio á la hora de embarcarme, cuando apenas faltaba una hora para que saliera el vapor. y sin conocer los trámites de la Aduana ni ménos el portugués! Me habria quedado en tierra sin remedio, habria perdido un mes mas y mi dinero.

Por esta emergencia que me acaba de pasar en Rio Janeiro, creo que áun despues de muchos viajes, no se puede estar seguro de haber adquirido práctica en los incidentes, fórmulas y requisitos característicos de cada país, porque son desconocidos para el que llega de nuevo, que, acostumbrado á los que ha conocido, quiere normar por ellos los del nuevo país que visita, y esto, como es imposible, tiene que llevarse muchos chascos.

He terminado ya de referirte mis impresiones sobre Rio Janeiro y mañana te hablaré sobre las de Bahía, á donde llegaremos esta tarde. Adios.

Alta mar, Julio 9 de 1880.

AMIGA QUERIDA:

No en la tarde, sino hasta esta mañana, á las ocho, llegamos á la ciudad de Bahía.

Esta es de un carácter un tanto anticuado y sus edificios tristes, las paredes de ellos sucias y muchas descascaradas.

En la parte baja, que está al nivel del mar, entrando por alguna de las callecitas que conducen á la bahía, se desemboca á la calle principal que corre de Este á Oeste, en donde están si-

tuados los edificios públicos y el comercio, del que no ví yo tiendas lujosas como en Rio Janeiro y Buenos Aires.

Hácia el lado Sur de esta calle, se eleva una eminencia bastante considerable como cortada á pico, casi á la espalda de las casas, en cuya cima está situado el resto de la poblacion, que vista desde abajo tiene algun interés.

Para comunicarse á la referida, hay dos subidas: una que conduce por el extremo Oeste de la calle principal, que va caracoleando hácia el Sur, hasta llegar á la planicie, y otra que se verifica por un elevador situado en el centro de la calle real, contra la pared del cerro.

Este elevador consiste en una torre cuadrada como de seis varas de longitud, y en ella está embutida una especie de tarima circundada de una barandilla para subir y bajar perpendicularmente por medio de cuatro grandes cadenas atadas á sus ángulos, tiradas en su extremo superior por una máquina de vapor.

Seis ú ocho pasajeros podrán caber

en el elevador, en que van unos sentados y otros en pié.

Al llegar yo al lugar de donde se verifica la ascension y ver aquella altura considerable con las paredes desnudas, con alguna humedad y pequeñas abras, recordé el tiro de la mina de San Ignacio, en el mineral de la Luz, Estado de Guanajuato, y francamente vacilé en verificar el viaje aéreo por esa torre, y más bien me resolvía ya á visitar la parte alta de la ciudad, dando la vuelta á pié por la pendiente natural ó loma ya mencionada; pero por fin, me animé por el deseo de probar esa nueva emocion y me coloqué sobre la tarima como los demás.

Comenzó á ascender, haciendo un ruido las cadenas algun tanto siniestro, que no dejaba de imponer, porque me parecia que cuando llegásemos á cierta altura, fácil podría acontecer cualquier accidente que diera con nosotros en aquella profundidad vertiginosa.

Me veía encerrado entre cuatro paredes, suspendido á una altura conside-

table y escuchando el ruido estridente de las cadenas y el sordo de la locomotora, que ambos, en aquella concavidad, producian un efecto extraño y aterrador para el que no estaba acostumbrado.

Cuando habiamos llegado á la cima del cerro, respiré, porque me veía ya libre de aquel viaje que mi imaginacion ó mi miedo me hacia juzgar peligroso.

Yo habia ascendido en los elevadores de algunos hoteles de Nueva York y San Francisco; pero ¡qué diferencia! aquellos no tienen la altura del que acabo de mencionar, ni las paredes están visibles, sino al contrario, los elevadores de esas ciudades, son una especie de gabinetes ó saloncitos muy confortables, elegantemente amueblados á los que se pasa, sentándose luego en un confidente y verificándose acto continuo el viaje aéreo, sin ruido, sin oscilacion y sin ver ninguno de los peligros reales ó imaginarios que puedan amenazar en el elevador de Bahía.

Cuando estuve en tierra, comencé á recorrer la poblacion alta, y si es mé-

nos importante que la baja, porque en ella no se miran los almacenes ni otras casas de comercio importantes, en cambio es mas aseada y sus edificios alegres; tiene tambien pocas calles y la principal es la que va costeando el borde del cerro con una barda á su extremo Norte de mas de una vara de alto, desde la que recargado de pechos el espectador, se extasia en una vista sorprendente mirando á sus piés el panorama de la ciudad, el muelle, los vapores y buques de vela anclados, y en lontananza el mar con algunas pequeñas lanchas que bogan á distancia como gacelas que van hendiendo la superficie.

Al fin de esta calle, hay una especie de alameda que solamente la adornan algunos árboles y asientos, y mas adelante, como á una cuadra, subiendo al Sudoeste, se mira la fachada de una iglesia de reducidas dimensiones con buenas casas á los lados.

Toda esta parte de la ciudad es alegre por estar situada en la altura que, dominando por todos lados, se disfruta

desde sus calles de hermosos puntos de vista.

Cuando hube satisfecho mi curiosidad, bajé del cerro por la rampla, que está bien empedrada, de suave pendiente y desde ella se viene mirando el panorama de la ciudad y del mar.

Cuando llegué á la parte baja, me dirigí al mercado que está situado frente al muelle, á todo el largo de la orilla, para ver si me encontraba con algunas frutas desconocidas; pero solamente ví naranjas muy grandes, casi el doble de las nuestras, una frutita menor que una guayaba con una pulpa un poco desabrida y una especie de chirimoya, mas pequeña que ésta, de forma cónica y la superficie igual; pero la cáscara muy gruesa y el contenido blanco, pequeño, con algunas pepas y desabrido. ¿Sabes cómo llaman á esta fruta, remedo de chirimoya? "fruta del condé," que dan muy cara; ¡como si fuera un delicioso manjar!

En la línea de frutas, segun he venido observando, en ninguna parte hay

la abundancia y variedad que en México, en donde será muy rara la que no posea.

Por ejemplo, Buenos Aires produce unos albérchigos ó chavacanos deliciosos y lo ménos ocho clases de ciruelas tambien muy agradables y de diferentes tamaños y color: á los primeros llaman los bonaerenses, *damascos*, y á los mas grandes, casi del tamaño de un durazno, *damascas*; estas frutitas delicadas se producen en el verano; pero fuera de éste, en el mercado de Buenos Aires, no se miran en todo el resto del año, mas que plátanos y naranjas medianas de mala clase, llevadas del Brasil: igual cosa podemos decir de otras partes, que tienen alguna fruta especial, pero que desconocen otras. Miéntas que México, siendo el país mas variado de climas, sus producciones son mas ricas y en cuanto á frutas, cada estacion las produce diferentes en forma, color y sabor, cuya sola vista es una delicia que convida á gustarlas á todas horas.

A las cinco de la tarde estaba dis-

puesta la salida del vapor; así es que me dirigí á él tomando mi bote, que me trasportó en diez minutos.

He oido decir que mañana tocamos Pernambuco; de modo que cuando haya yo visitado la ciudad, terminaré esta carta con las impresiones que surjan de su vista. Buenas noches.

Julio 10.

En efecto en la mañana de hoy llegamos frente á Pernambuco y se detuvo el vapor á una distancia tan considerable, que no distinguia bien la ciudad. Yo no me atreví á saltar á tierra para visitarla porque la mar es borrasca en el punto donde paramos, de modo que hay necesidad de tomar el bote por asalto al desembarcar y lo mismo al regresar al buque, y está uno muy expuesto á ahogarse.

Esta fué la causa porque áun otros pasajeros que deseaban saltar á tierra no lo verificaron, y mas bien nos pusimos a'gunos á la barandilla para ver

subir á bordo á los que venian de Pernambuco.

Uno de éstos por poco no es pasto de los tiburones ó de haber tragado mas agua de la que quisiera, porque al subir del bote en que habia venido, al vapor, no acertó á tomar la escala provisional que habian puesto y, zas, cayó dentro del bote; emprende nueva lucha y, ya al embate de la ola, se aproxima unas veces al casco del buque y no acierta á tomar la escala; otras, aquella retira el bote á dos ó tres metros de distancia y de profundidad; vuelve á tocar el vapor y, en una de éstas, el pasajero, sin asirse bien del cable, se deja ir, salta, y... ¡al agua! Apenas le ví yo el talon que, al contrario del de Aquiles, este lo salvó, porque uno de los marineros lo afianzó fuertemente y lo sacó del mar, que en otras circunstancias se habria ido á fondo ó la ola se lo lleva no sé á dónde.

Gran susto llevamos los pasajeros que presenciamos esta terrible escena que acabó de quitarme la gana de ir á

pasearme á Pernambuco, y francamente, con pesar, porque aseguran que es una hermosa ciudad, y una de las mas bonitas y populosas del Brasil.

Tampoco te digo palabra del Pará, ciudad que está situada veinte leguas arriba del Amazonas, porque habiendo llegado el vapor de noche á su frente y no demorado á otro dia mas que pocas horas, tampoco fué posible conocerlas.

Ahora se dirige nuestro buque para San Thomas, en donde pienso tomar el vapor que se dirige á Colon, pues me ha ocurrido la locura de hacer otro viaje á Colombia, ya que no está muy distante del camino que traigo, y mas, que habiendo atravesado un trayecto tan largo como es el de Buenos Aires acá, cualquiera otra distancia me parece insignificante.

Dentro de tres dias á lo mas, llegaremos á aquel puerto, y despues de haber salido de él te escribiré, contándote lo que me haya acontecido.

Sé feliz, María. Adios.

Barranquilla, Setiembre 15 de 1880.

APRECIADA MARIA:

Ayer he llegado á esta poblacion y me dispongo para tomar el vapor del Rio Magdalena dentro de unos pocos dias, que será cuando aumenten un poco las corrientes.

Por ahora aprovecho este momento para contarte algo del itinerario del viaje que he traído desde la última que te escribí poco despues de salido de Pernambuco.

A los tres dias llegué á San Thomas, en donde tuve que esperar la línea ale-